

Entretanto, una nueva columna avanzó hasta Casa Mata, y sus defensores, no queriendo ser menos que los valientes del 3.º Ligero, no se conforman con permanecer en los parapetos, sino que salen al encuentro del enemigo y lo atacan con tal denuedo, que lo obligan a huir precipitadamente al ver caer heridos a sus jefes.

Tropas de refresco atacan nuevamente a los defensores, y es nuevamente el momento oportuno para que cargue la caballería; se le envían órdenes terminantes al General D. Juan Alvarez, y no ataca. Tras de varias órdenes, Alvarez se mueve, pero lejos de seguir el camino personalmente trazado por Santa-Anna, cambia de dirección y va a buscar paso por un lugar casi inaccesible.

¿Qué había sucedido? Alvarez, en su comunicación de 11 del mismo septiembre, se disculpa de la falta cometida y que tan directamente influyó en que el éxito no hubiera coronado los esfuerzos de los valientes defensores del Molino y de Casa Mata, asegurando que ordenó al General Andrade que *avanzara*, pero que éste "no llegó a verificarlo sino hasta que el enemigo, para escaparse de la carga que le amenazaba, comenzó con sus fuegos de cañón a desorganizar las columnas de los Sres. Juvera y Guzmán...."

Incapaz Andrade de obedecer en momentos en que se trataba del éxito de un combate, (dando por exacta la versión del Jefe de la caballería), e incapaz Alvarez de hacerse obedecer o de tomar alguna otra providencia que no comprometiera el resultado de aquella función de armas, una vez más se ponía de relieve que nuestras pasiones son para nosotros lo primero.

Los enemigos una vez más también aprovechaban nuestras mezquindades, y tras de esfuerzos desesperados se posesionaban de aquellos dos puntos tan bizarramente defendidos.

Para la patria habían surgido nuevos héroes, y León y Gelaty y Balderas y Méndez serían agregados a la lista de sus denodados defensores. Suazo, moribundo, había tenido aliento para salvar la bandera de su batallón, Mina, enrollándola a su



J. Alvarez

cintura y avivando el rojo color de la seda con el rojo color de su propia sangre.

Santa-Anna, que había ido a buscar al enemigo en la Candelaria, se presentó en Chapultepec cuando la batalla había llegado a su término, y sólo se ocupó ya en reforzar los flancos a derecha e izquierda de Chapultepec.

El enemigo se replegó en la tarde a Tacubaya, debido especialmente a los certeros fuegos de Chapultepec.

* * *

El día 12 los americanos reanudaron el combate, pues durante los días 9, 10 y 11 sólo se registraron ligeras escaramuzas, aunque ellas nos produjeron algunas desgracias, como la muerte del joven teniente Mariano Martínez, que con unos cuantos soldados del 5.º de caballería atacó a un grupo considerable de infantes enemigos.

Algo había ocurrido sin embargo, que había tenido embarcados y llenos de horror los ánimos: el enemigo había capturado en Churubusco un considerable número de desertores de su ejército, irlandeses de origen, y que se habían agregado a nuestras tropas, y fueron castigados en forma que la civilización reprueba.

El Ministro de la Guerra, Alcorta, refiere aquellos sucesos, diciendo:

“Razones muy poderosas privaron al Gobierno de la satisfacción que hubiera gozado al interponer sus respetos oficialmente al general enemigo; quiso, sin embargo, salvar a toda costa la existencia de tan buenos servidores de la Nación, y se valió del influjo de personas respetables para obtener el perdón de la vida a los soldados y oficiales que servían en la legión extranjera. Semejantes empeños fueron burlados por el General Scott, quien conservó en horribles prisiones a sus víctimas, para ofrecerlas en holocausto, tan pronto como adqui-

riera el triunfo. Después de los sucesos del día 8, sacrificó en un suplicio bárbaro e ignominioso a veinte de estos prisioneros, para que su sangre corriera como en ofrenda de los que sucumbieron en el ataque de aquel día. Lo mismo hizo la mañana del 13, después de haberse posesionado de la fortaleza de Chapultepec, singularizándose en esta vez por la ferocidad con que se proyectó una muerte lenta y friamente calculada. Del número de estos desgraciados han escapado la vida quince,¹ los que fueron condenados a los azotes, a la tortura y sufrir la marca de un fierro candente (una D sobre el rostro). Semejantes hechos hablan por sí solos y yo me limitaré a lamentar estos actos de inhumanidad y de barbarie, que condenan la razón y la civilización del siglo.”²

Y por su parte, comentando Roa Bárcena aquellos sucesos y lo infructuoso que resultaron las gestiones hechas por conducto de las personas más respetables, nacionales y extranjeras, para salvar a aquellos infelices soldados irlandeses, dice: “No sólo no tomó Scott en consideración tal empeño, en lo cual obró dentro de su derecho, sino que en algunas de sus publicaciones quiso hacer aparecer a nuestro gobierno como único y verdadero verdugo de aquellos hombres por haber provocado y favorecido su desertión, lo cual se calificaba de atentatorio e indigno de las leyes de la guerra; como si en aquellas circunstancias pudieran tocar decorosamente este punto quienes acababan de organizar la contraguerrilla poblana. En cuanto a las penas de azotes a raíz y de marca con hierro hecho ascua, figúrese el lector la apoplejía de indignación que habrían causado al género humano, representado, naturalmente, por la prensa periódica, si en materias humanitarias y pro-

1 El número total de prisioneros fué de 59; y salvo estos 15, los demás fueron ahorcados. Véase *The Mexico Star* Núm. 4. México. Sept. 28 de 1847.

2 Alcorta. Informe fechado el 22 de Septiembre de 1847.

gresistas no hubiera estado tan bien sentada la ortodoxia del verdugo.¹

Mas volvamos al ataque sobre Chapultepec, bombardeado terriblemente durante todo el día 12 por los americanos sin que el bombardeo se suspendiera hasta las 7½ de la noche, y cuando había causado serios perjuicios a la fortaleza y considerables bajas en la guarnición entre muertos, heridos y contusos, habiéndose hallado en el número de estos últimos el “cumplido y honrado” General D. Nicolás Saldaña. Aquel fuego sólo había podido ser contestado por tres piezas nuestras, porque la otra con que allí se contaba, se había inutilizado.

El General D. Nicolás Bravo, jefe del punto, en el parte que rindió el día 14 del mismo septiembre, asegura que pidió que se le enviaran uno o dos batallones para situarlos en el bosque y reforzar con ellos la corta guarnición que en él había distribuida. Agrega que se le envió efectivamente el batallón activo de San Blas, al mando de su Coronel Xicotécatl, pero que en la tarde fué mandado retirar por Santa-Anna, sin previo conocimiento de él (Bravo) o del jefe a quien había encargado aquel punto.

Santa-Anna por su lado explica que se vió obligado a obrar así en razón del peligro a que estaban expuestas las tropas colocadas en las inmediaciones de Chapultepec, donde permanecieron no obstante el fuego incesante que llovía sobre ellas y de los muertos y heridos que experimentaban a cada momento, “en cuyo recinto, agrega el general en jefe, me mantuve a caballo disponiendo todo lo conveniente, por lo que mi vida estuvo en peligro muchas ocasiones, como lo vieron cuantos me rodeaban. En una vez — dice — que traté de situar en la falda del cerro de Chapultepec la brigada del Gral. Ramírez, una bomba puso en tierra, delante de mí, entre muertos y heridos a treinta hombres de ella y la sangre de un soldado salpicó mis vestidos, suceso que me convenció de no ser posible

1 Roa Bárcena. Op. cit. Vol. II, p. 210.

mantenerla en aquel lugar sin que toda pereciera y la hice retirar a donde tuviese algún abrigo.”¹

Santa-Anna, en virtud de las diversas instancias que recibió del General Bravo, para que le dieran nuevas fuerzas, tuvo con él una entrevista al anoecer, y le informó entonces acerca “de los trabajos abajo aumentados, la pieza y fuerzas que los cubrían, la seguridad en que quedaban los dos caminos exteriores de los flancos, y la fuerte reserva que en la Casa Colorada de Alfaro subsistiría en la noche, teniendo órdenes todas las tropas disponibles para estar a las cuatro de la mañana en aquel sitio; y últimamente, que él mismo estaría también. “El Sr. Bravo me expuso entonces por primera vez, añade Santa-Anna, que la guarnición que tenía en el fuerte de arriba, estaba espantada con el horroroso fuego que había sufrido todo el día, y que celebraría se le relevase con otra clase de tropa. Le contesté: que el mal de espanto había cundido a la que estaba abajo y que siendo toda de una misma calidad, escusado era el cambio que me proponía; pero que al amanecer si el enemigo atacaba, yo lo reforzaria con oportunidad. Me reprodujo que al menos le pusiera en el bosque un batallón y para hacerle ver lo inútil de su solicitud le relaté muy breve lo que había acontecido en la tarde con la brigada del general Ramírez, y le añadí que si arriba aglomerábamos más fuerza durante el bombardeo, sacrificaríamos inútilmente las pocas que ya nos quedaban, pues con más de mil hombres que a tan pequeño recinto guarnecían estaban bien cubiertas todas sus obras. Ninguna otra razón me dió en esta entrevista.”²

Tal vez la aglomeración de fuerzas en Chapultepec hubiera sido realmente inútil, porque el General Bravo declara: “que el batallón de Toluca había desertado casi todo y que la pequeña fuerza restante había perdido completamente la moral a causa de los fuegos de aquel día...” y en seguida agrega: “En

1 Detall de las operaciones.

2 Detall citado. Lo impreso con bastardilla aparece de igual modo en el original.

el discurso de la noche la deserción continuó aunque en menor número la guarnición de las obras exteriores disminuyó lo consiguiente; de todo el batallón de Toluca, y que al recibirme del mando ascendía a 450 plazas, no quedaron mas que 27 hombres y los oficiales D. Lauro Cárdenas, D. Julián Molina, D. Manuel Jimenez, D. José M.^a Romero, D. Juan Estrada, D. José María Cortés y D. Angel Colina; por manera que al amanecer el día 13 sólo contaba yo con la parte superior de la fortaleza, con poco mas de 200 hombres: para resistir el asalto de tres columnas enemigas fuertes de 350 a 400: y aun muchos de estos pocos, desmoralizados por el fatal ejemplo de sus compañeros y por el de algunos oficiales intentaban la fuga hasta el grado de haber sido forzoso hacer fuego sobre varios, que se descolgaban por las bardas del edificio.”¹

Por desgracia, en aquella ocasión en que los niños fueron seguramente los más prestigiados defensores de la fortaleza, si uno se atiene a los partes rendidos tanto por el jefe del punto como por el general en jefe, no puede ni precisar con toda exactitud las heroicidades que a no dudar se registraron en aquella función de armas ni establecer las responsabilidades que pudieran corresponder, a aquellos jefes.

Bravo dice en su parte: “En vista de tan difícil posición — la deserción de sus fuerzas — y conociendo que el enemigo intentaría próximamente el asalto, por la viveza con que continuaba sus fuegos, que habían vuelto a comenzar desde las cinco y media de la mañana, dirigí a V. E. una hora después, mi nota de dicho día 13, en que le manifestaba la deserción de la tropa y la necesidad de que me auxiliasen con otra clase de soldados, pues de lo contrario la defensa de la fortaleza sería imposible y mi responsabilidad desde aquel momento debía considerarse a cubierto. El ayudante que condujo esta nota, volvió a la fortaleza, manifestándome que quedaba entregada en manos de V. E., a quien encontró en la casa de Alfaro, en

1 Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XXIV, p. 142.

union del Excelentísimo señor Presidente, que también leyó su contenido.

“Viendo que el tiempo corría, que el enemigo comenzaba a mover sus columnas, que el auxilio pedido no llegaba, a pesar de mi franca comunicación de la mañana, y de la oferta que me tenía reiterada el Exmo. Sr. Presidente de mandarme a la fortaleza dos mil hombres en el momento oportuno, y sabiendo por fin, que la brigada del general Rangel se hallaba inmediata a Chapultepec, mandé dos veces, por medio de dos distintos ayudantes, a solicitar de él, el auxilio que más tarde sería extemporáneo e infructuoso. Los generales Rangel y Peña y Barragán me contestaron con el segundo de dichos ayudantes, que no podían disponer de sus fuerzas sin orden del General Santa Anna.

“A las nueve de la mañana, las columnas enemigas, protegidas por un fuego vivísimo de artillería, comenzaron a desplegar penetrando en el bosque por la parte del Molino del Rey y por el camino de Tacubaya. La debilidad de nuestras fuerzas que cubrían la trinchera abandonada hacia este último punto, y al bosque; fuerzas que habían sido disminuídas, además, por la desertión de la noche anterior, hizo que el enemigo avanzase sin mayor obstáculo hasta posesionarse de todas las obras exteriores de defensa, siendo de notar que dichas tropas, al ser desalojadas por el enemigo, no se replegaron a la fortaleza, sin embargo de la orden expresa que tenían para hacerlo en caso último y necesario.

“Cercado el cerro completamente, el enemigo cargó sus mayores fuerzas por la parte Oeste, que es la más accesible de él, y en donde por tal motivo se habían construído unas fogatas, en cuyo secreto estaba el teniente de ingenieros D. Manuel Alemán que tenía el cargo de ponerles fuego cuando se les mandase. Pero este oficial, sin embargo de haberle prevenido terminantemente en los momentos de comenzar el ataque, que no se separase del lugar donde debía aguardar mis órdenes para desempeñar su cargo, no cumplió y buscado en el mo-



Nicolas Bravo

mento crítico y preciso, no se le halló, quedando por consiguiente sin efecto las fogatas, y el enemigo sin este gran obstáculo en ese avance.¹ Esta circunstancia por una parte, el crecido número de enemigos por otra, y la falta de todo auxilio y del repliegue de las tropas que defendían los puntos avanzados, sembró el desaliento en los artilleros que no habían sido muertos o heridos, y abandonadas las piezas; la confusión y el desorden se comunicaron a los muy pocos soldados que aún quedaban, sin bastar ningún esfuerzo para sostenerlos y para hacer más costoso el triunfo al enemigo.

“Este, sin embargo, tuvo una pérdida proporcional a la resistencia que pudo hacerse, y por ella, y por el recuerdo sin duda de la que había experimentado en la acción del día 8, cuyo éxito había desanimado considerablemente a sus tropas, se le vió vacilar en el asalto, no obstante lo escaso de nuestros fuegos y las ventajas que habían adquirido; de modo que se puede asegurar que con algún auxilio que hubiese prolongado la defensa por algún tiempo más, el enemigo rechazado habría vuelto a su campo de Tacubaya a verificar la retirada que pocos días antes se anunciaba estar próximo a emprender...”²

Santa-Anna, a su vez, narra los sucesos de la siguiente manera:

“El 13 al amanecer concurrieron todas las tropas disponibles abajo de Chapultepec, y yo asimismo estuve presente. El enemigo continuó sus fuegos de mortero y de cañón, y entre siete y ocho de la mañana comenzó a mover sus columnas de ataque. Media hora antes llegó a mis manos un oficio del señor

¹ En los Apuntes se disculpa a este joven, diciendo: “Las fogatas no llegaron a prenderse por el teniente Alemán, porque cuando llegó al lugar donde estaban las mechas, lo encontró invadido por los enemigos, circunstancia que mencionan en sus partes oficiales y que nosotros asentamos en obsequio de este joven, que sin duda ha sido acusado injustamente. P. 315.

² Castillo Negrete. Vol. XXIV, pp. 142 a 144.

general Bravo, contraído a decir al ministro de la guerra (que se hallaba siempre a mi lado) *que la guarnición de arriba seguía acobardada, y que en la noche se había notado alguna deserción, y pedía que se le relevara con otra clase de tropa.* En vista de esta nota, dispuse que el batallón de San Blas, con fuerza de 400 hombres, y a quien yo distinguía por el brío que advertía en tan buenos soldados, marchara a reforzar el fuerte de arriba, y a su comandante, el bravo Xicotencatl, le previne que se presentara al señor general Bravo, y recibiera sus órdenes. Al romper la marcha este cuerpo, el toque de corneta anunció que el enemigo avanzaba sobre nuestros puntos, y entonces mandé al mismo jefe que a paso veloz subiera al fuerte. En estos momentos encontrábame yo en la puerta del bosque. En efecto, llegó a tiempo, según observé y en los primeros atrincheramientos del cerro se batió desesperadamente hasta concluir casi todo, resistiendo el empuje de los enemigos procedentes del Molino del Rey.

“Haciéndose general el ataque, yo proveía con mi reserva a las necesidades que se notaban. Esta reserva me quedó reducida a los batallones 3.º ligero con 400 plazas, 4.º idem con 300, 11.º de línea con 600, activo de Morelia con 350, formando todos un total de 1,950 hombres, que fueron empleados del modo siguiente: Al 3.º ligero le mandé que reforzara al Batallón de San Blas, y en marcha tuvo que retroceder, porque en estos momentos el enemigo se apoderó del fuerte de Chapultepec: al 4.º ligero, al 11.º de línea y al activo de Morelia, que se mantuvieran en reserva a las órdenes del general Lombardini, para auxiliar a los puntos de abajo, que eran atacados por fuertes columnas vigorosamente; y al de Guardia Nacional de Hidalgo, lo coloqué en el flanco izquierdo de la fortificación, que defendía el camino de la Condesa, donde se batió bien.

“No obstante las pocas fuerzas que defendían las posiciones de abajo, el arrojó con que el enemigo las atacaba, su mayor número, él fué bizarramente rechazado, y no avanzó un paso, cuando comence a advertir que el fuerte de arriba no hacía el

fuego que era de esperar de su guarnición, y poco después ví con sorpresa que en grandes pelotones descendían huyendo, y abandonaban cobardemente sus parapetos, que solo de esta manera pudiera el enemigo haber ocupado facilmente. Tan infame conducta me puso en el mayor conflicto, pues ocupadas las alturas de Chapultepec por el enemigo, las fuerzas de abajo quedaban enteramente expuestas a ser asesinadas con impunidad; y para evitarlo, no quedó otro recurso, que emprender la retirada para las garitas de Belem y Santo Tomás. Así lo ordené en medio de la mayor desesperación.

“El General D. Matías de la Peña y Barragán, que mandaba el punto de mi derecha, se dirigió por la calzada de la Verónica a la fortificación de Santo Tomás con los batallones de Granaderos de la Guardia y 1.º ligero, llevando orden de sostenerla, protegido de la caballería, que según mis órdenes anteriores, debía allí encontrarse. El general Lombardini se dirigió a la garita de Belem en el mejor orden, y a su paso colocó en el parapeto inmediato al batallón activo de Morelia, que sostuvo valientemente la retirada de los demás cuerpos, que con tanta bizarría defendieron los otros puntos de abajo de Chapultepec.

“Algunos de los cobardes que huyeron del fuerte de arriba de Chapultepec, y que me fueron presentados pocas horas después, se disculparon con el abandono del punto que decían *hizo antes el general Bravo*; expresiones que reproché delante de muchos a los que las vertían, porque me parecía impropia de S. E. tal conducta. Posteriormente he sabido que fué tomado prisionero en el bosque de abajo, metido en una zanja de agua que lo cubría hasta el pescuezo, a donde por lo blanco de la cabeza fué descubierto por los enemigos. Hecho es este que prueba el dicho de aquellos, y que merece depurarse en un juicio. Viene en favor de lo expuesto, el no hacer mención en su parte del valiente Batallón de San Blas, que pereció casi todo en las trincheras del cerro, pues si el Sr. Bravo hubiera permanecido en él hasta última hora, debió haberlo visto pre-

cisamente; y si lo vió, ¿para qué es ocultar que le fué este refuerzo y quejarse que no se le auxilió? De todas maneras, la conducta del general Bravo no ha sido honrosa, pues cuando menos ha faltado a la verdad, sorprendiendo así al público con agravio de la justicia y de mi buen nombre. . .”

Como se ve, las pasiones políticas hicieron que estos dos jefes mutuamente se lanzaran responsabilidades respecto de la caída de Chapultepec, y para quien tiene que referirse a estos sucesos, después de tantos años que han pasado, es muy difícil establecer la verdad.

Es un hecho, cierto, no obstante, y al decir de los mismos enemigos de Santa-Anna, que éste, si es culpable de descuidos, de imprevisiones, no puede ser tachado de cobarde y menos de traidor, toda vez que están contestes los historiadores de aquellos sucesos, entre otros los autores de los Apuntes, cuyos sentimientos, respecto de Santa-Anna, son bien conocidos, en confirmar el hecho narrado por el General en Jefe, de que estuvo expuesto a morir cuando al ser notada su presencia en el bosque, al lado de donde estuvo la alberca, los enemigos redoblaron sus fuegos, matando e hiriendo más o menos treinta soldados, entre ellos el Comandante de Batallón Méndez, sin que por esto hubiera abandonado el bosque, habiéndose limitado a retirar sus fuerzas y a apartarse un tanto de aquel lugar, para mandar construir “una obra que defendiera el lado del jardín y el pie de la rampa.”²

Y si Santa-Anna no había vacilado en exponerse una vez más a morir, debo repetir nuevamente que era imposible que hubiera sido traidor, porque en este caso se hubiera guardado cuidadosamente de la muerte. Santa-Anna, pues, debe ser considerado respecto de aquel suceso, como respectó de todos sus demás derrotas, como un general sin la capacidad bastante pa-

1 Castillo Negrete, Ap. Vol. XXV, pp. 301 y sig

2 Apuntes, pág. 312.

ra salir airoso de una prueba, para la cual, como dicen los citados autores de los Apuntes, “se necesitaba una cabeza creadora, organizadora y directora,” que fué lo que precisamente nosotros no tuvimos durante aquella guerra.

Por lo que a Bravo respecta, aquel mismo grupo de historiadores asienta que (cuando precisamente Santa-Anna daba otra muestra de su valor y de que no vacilaba en exponer su vida al penetrar “a Chapultepec y hasta el pie de la calzada para observar mejor los efectos del fuego,” y aun prevenir que no lo acompañase ninguno de sus ayudantes porque la intensidad del fuego era terrible, permitiendo sólo que lo siguieran Don Antonio Haro y el Coronel Carrasco), al subir éste para entregar al General Bravo el parque de fusil que estaba detenido por los enemigos, que impedían con el fuego la comunicación por la calzada, encontró que “el referido General Bravo estaba almorzando con la mayor serenidad y las balas y bombas hacían crujir a sus alrededores las paredes y blindajes.”

Así, pues, debe creerse que la acusación lanzada por Santa-Anna en contra Bravo y la de éste contra Santa-Anna, fueron dictadas sólo por sus resentimientos y pasiones personales. De cualquier modo que sea, si hubo deserciones y actos dignos de reprobación en la defensa de aquel fuerte, muchos mexicanos no sólo pelearon con bizarría y con heroicidad sumas, sino que hallaron la muerte defendiendo sus banderas: Pérez, León, Cano y muchos otros sellaron con su vida las promesas hechas de defender a su patria cuando estalló aquella injusta guerra extranjera.

Los enemigos, al apoderarse de Chapultepec, tenían casi por completo abiertas las puertas de la capital; pero todavía en las garitas y aun en las calles encontraron nuevos opositores, a veces en medio de actos heroicos y a veces en medio de nuevos desalientos. Cuando los jefes del ejército vieron que ya era imposible resistir más, reunidos en una junta de guerra en la Ciudadela, se acordó la evacuación de la plaza, de la cual hacía tiempo que habían salido los Poderes de la Federación rum-

bo a Querétaro, y el enemigo se apoderó de la capital de la República, no sin que todavía sus moradores hicieran la última resistencia, y después de haber dejado un rastro de sangre desde el Sabina hasta dicha capital; toda vez que, como antes he manifestado, la guerra sostenida en los años de 1846 a 1848, no fué sino la continuación de la campaña iniciada en Texas en 1835.

Aquella guerra cruel por lo injusta había sido la más ruda prueba a que había estado sujeta la nación mexicana y de la que nuestro ejército había recibido las más dolorosas lecciones, puesto que la serie de reveses sufridos, aunque la victoria nos sonrió por momentos para volvernos la espalda después, venía a demostrar: que el éxito de la guerra depende no de actos heroicos aislados, sino de una preparación metódica de los elementos que deben oponerse al enemigo en un momento dado; de la combinación apropiada de esos elementos, que de otro modo resultan inútiles, si no perjudiciales; de la disciplina, lo mismo de los jefes que de los simples soldados, porque sin ella la unidad de acción es imposible, y, finalmente, tratándose de un conflicto internacional, que depende por modo indudable, de una idea elevada y digna de lo que es el verdadero patriotismo, que todo lo abandona y todo lo sacrifica, para lograr la salvación de los intereses nacionales.

La sucinta narración de los hechos ocurridos durante aquella funesta guerra, muestra numerosísimos rasgos aislados de patriotismo, pero también ninguna preparación, ninguna coordinación de los escasos recursos de que, a causa de nuestras contiendas interiores, podíamos disponer, y una grave falta de unión y de disciplina en el Ejército. Para mí ni Santa-Anna ni Arista fueron traidores — creo que las razones dadas respecto del primero son convincentes — porque no fueron ellos solos quienes perdieron los hechos de armas que se les confiaron, sino también Ampudia, Heredia, Trías, Morales, Landero, Valencia, Bravo, todos cuantos tuvieron a su cargo la dirección de los combates, y es posible que Churubusco hu-

biera sucumbido también, aunque el parque no hubiera faltado a Rincón y a Anaya, porque aquella fortaleza, aislada como había quedado, no hubiera podido hacer otra cosa que dar sepultura, dentro de sus muros, a sus heroicos defensores. Fué la falta de organización militar, fué la impericia de nuestros generales, fué nuestra imposibilidad de posponer nuestras pasiones al bien de la patria, lo que nos llevó al desastre, ya que esas pasiones impidieron más de una vez realizar actos que pudieron asegurarnos la victoria.

Las anteriores páginas, escritas bajo el apremio de obligaciones preferentes y en brevísimos días, (tan breves que sumados, difícilmente harían dos semanas) es probable que contengan, además de su desaliño, errores que si mi incapacidad no pudo notar y la falta de revisión cuidadosa no pudo corregir, serán claramente perceptibles para quienes se han consagrado a la tarea de hacer historia.¹ Yo, como lo asenté en el princi-

¹ La violencia con que estos apuntes fueron redactados ocasionó entre otras omisiones la de dos cartas muy importantes en la rectificación relativa al Gral. Paredes: una del Gral. D. Juan Alvarez en que recomienda a Paredes mire con calma los ataques y las calumnias de que ha sido objeto, con motivo de la rebelión del Peñasco, ya que "la parte de la Nación que juzga de los hechos como de las personas con una sana crítica, independiente de la animosidad y desenfreno de los partidos, no ve en esos ataques la deshonra de uno de los dignos caudillos del Ejército, sino la culpable ligereza de algunos escritores o el odioso rencor de nuestros bandos políticos" y se felicita de que sus ideas y las de Paredes "no sean disímbolas" y estén "identificados en principios" (Archivo del Gral. Paredes pp. 210 y sig.). La otra carta es del Presidente Herrera al mismo Paredes, declarándole que el Gobierno "tiene testimonios..... para no alimentar la más leve sospecha respecto de su conducta" y que debía considerar "que si la voz se dirige así a su persona (con motivo de la defección del Peñasco) es también por ser el General más caracterizado por sus hechos, por su fama y por el doble número de fuerzas que manda....." (Archivo cit. pp. 151 y sig.) Estas cartas favorecen mucho a Paredes tanto porque las opiniones de D. Juan Alvarez no pueden parecer sospechosas a los enemigos del General sublevado en San Luis, como porque la de Herrera prueba que la acusación lanzada por éste de que Paredes era el responsable de la sublevación del Peñasco fué sólo una calumnia política, toda vez que no había tenido inconveniente en declararle en carta privada, que poseía elementos bastantes para no dudar de su conducta. Y no se diga que después de escrita aquella carta su opinión se modificó; por que entonces faltó a sus deberes, no quitándole el mando de la importante División que tenía a su cargo.

pio de este prólogo, no he querido sino formular un resumen brevísimo de los acontecimientos más salientes en que tomaron parte los jefes cuyas biografías van en seguida; poniendo a contribución toda la imparcialidad y toda la honradez que a mi juicio debe normar el criterio de quien escribe historia.

Entre nosotros, las pasiones de partido y las simpatías y antipatías que esas pasiones han creado en nuestros espíritus, han ocasionado que no siempre la justicia haya pesado rigurosamente las acciones de amigos y enemigos de quienes sus hechos relataban, y por eso pudiera decirse respecto de nuestra historia lo que quizá puede ser aplicado en general a todas las narraciones de este género en todos los países y en todos los tiempos: que quien ideó simbolizar la justicia como una diosa que lleva los ojos vendados, acertó en el símbolo, no precisamente porque esa diosa mida y pese los méritos de cada quien, sin preocupación alguna, para darle lo que le corresponda (*sum cuique*), porque no ve de quién se trata; sino porque así pueden disculparse sus errores: lleva los ojos vendados; no es responsable de sus traspies; va caminando a ciegas por el mundo.

México, noviembre 23 de 1914.

ALBERTO M. CARREÑO.

BIOGRAFIA CRONOLOGICA

EXMOS. SRES. GRALES. DE DIVISION

EXMO. SR. D. NICOLAS BRAVO

[Natural de Chilpancingo, hoy capital del Estado de Guerrero. Nació probablemente entre los años de 1784 y 1790.

En 10 de mayo de 1811 se unió a las fuerzas de Galeana que formaban la vanguardia de Morelos, para atacar a Chichihualco.

MERITOS DE GUERRA

Combatió en distintas ocasiones al lado de Morelos en el Sur, y más tarde pasó al Estado de Veracruz, siendo dignas de mencionarse, especialmente, su salida de San Juan Coscomatepec, donde había sido sitiado por los realistas, y sobre todo, la victoria del Palmar. Concurrió también a la batalla de Amolonga, punto situado entre Chilapa y Tixtla, que se verificó el 23 de enero de 1823. En esta batalla la fortuna le fué adversa.

Fué comisionado por el Congreso en 1823 para acompañar hasta Tulancingo a Iturbide que había sido destronado. En 1846 tuvo a su cargo la defensa nacional "en la zona que comprendía los Departamentos de Puebla, Veracruz, Oaxaca y Tabasco," cuyas fuerzas debían sostener la campaña contra los americanos por esos rumbos.¹

¹ Sosa. Biografía de Mexicanos distinguidos p. 151.